**Martes IV del TO
Ciclo C**

1 de febrero de 2022
2Sam 18,9-10. 14. 24-25.30-19,3
Sal 85
Mc 5, 21-43
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Después de narrar la actividad de Jesús en territorio pagano, donde su mensaje ha respondido a la expectación de los oprimidos señalándoles el camino hacia la verdadera libertad, inserta Marcos un doble episodio para mostrar los caminos de la liberación para Israel.

Jesús vuelve de Gerasa a Israel, donde se muestra una situación similar en la que impera la muerte: en Gerasa el endemoniado ha sido encadenado y vive entre sepulcros (es un «muerto en vida»), en Israel la «*hijita*» del jefe de la sinagoga va a morir (se verá en el relato que es una «muerta en vida»).

Al definir a Jairo como «*jefe de la sinagoga*», representa a esa religión oficial que es poderosa, sí, pero cuyos resultados son la muerte del inocente: la hijita-de-Jairo va a morir, no puede vivir en ese sistema que la ha engendrado, no podrá llegar a ser mujer plena, sino que su destino es la muerte. Pero que un jefe de sinagoga se arrodille en público ante Jesús y le suplique que imponga las manos a su hijita para que «*se salve y viva*», indica que está reconociendo el fracaso del sistema que representa para generar salvación y vida. El nombre de Jairo significa «él despierta», y puede aludir al despertar a una nueva fe. Por eso Jairo simbolizará al Israel fiel que se da cuenta de la inutilidad de una religiosidad postrante y que «*ve*» en Jesús la liberación de esas ataduras mortales. Es el paso de la fe en las normas a la fe en Jesús, a la confianza en Dios.

Pese a que ya ha sido rechazado y condenado por la institución oficial, en Jesús no cabe el resentimiento, y, acogiendo la fe de Jairo, «*se va con él*».

Marcos interpola ahora la otra escena.

A Jesús*«le seguía un gran gentío que le oprimía».*La imagen es plástica: un montón de gente por un camino polvoriento y, en medio, Jesús, como encerrado, medio llevado en volandas. Ahí no hay comunicación personal, amor compartido («*le oprimían*»). En el fondo, es gente desesperada ante la fuerza del mal que espera de Jesús prodigios espectaculares que les saquen de esa situación. No quieren esforzarse en encontrar respuestas por sí mismos, cada uno como persona. Esperan que alguien les solucione su drama y −como hacía la religiosidad oficial− les ordene lo que tienen que hacer. Es una pretensión, de nuevo, por lo fácil. Y la escena va a mostrar que ese no es el camino, pues sólo desde el fondo de su ser y corriendo los propios riesgos (como ya los ha empezado a correr Jairo) puede la persona liberarse de las ataduras que oprimen.

Aparece una mujer (ser marginado por esa religiosidad) que padece flujos de sangre uterinos desde hace 12 años. En aquella antigua cultura la sangre era donde residía la vida. Perder sangre era perder vida, estaba «fuera de lugar», era «impuro». Según el Levítico, una mujer con flujo de sangre menstrual, quedaba impura durante siete días, en los que no podía tocar a nadie (le contagiaría su impureza) ni nadie podía tocarle a ella ni a nada que ella hubiera tocado.

El drama de esta mujer es, pues, terrible. Mientras era niña (y simplemente por serlo) no contaba para nada, era en todo dependiente de la voluntad del paterfamilias (que podía alquilarla como esclava y decidía su destino-casamiento). A los 12 años dejó de ser niña, pero desde entonces padecía flujos de sangre. De niña había sido «nadie», y después también: toda su vida como «mujer» había sido «impura », es decir, condenada a la soledad, a la marginación, al apartamiento, sin poder tocar a nadie ni ser tocada por nadie. Además, esta mujer ahora es pobre, pues había gastado todos sus bienes con médicos para tratar de curarse. El drama del personaje queda así plasmado: es alguien que padece una total postración desde que nació, una «nadie» que no contó para nada, que está aislada de todo y de todos, y que se quedó sin nada: es una «muerta en vida» (lo mismo que la hija de Jairo).

Esta mujer postrada, sin embargo, «*había oído lo que se decía de Jesús*», es decir, había escuchado la «*buena noticia* » (semejanza con Jairo que «*ve*» a Jesús). Para esa postrada total, impura y marginada, es también −y especialmente− la buena noticia del amor inclusivo de Dios (eso es la «*buena noticia*»). Esa buena noticia «mueve» a la mujer y la transforma de postrada en caminante («*se acercó*»), de pasiva resignada en activa protagonista de su vida y de su destino; y «se atreve» a todo, incluso hasta a violar la Ley que la obligaba a estar apartada de todos para no tocarles ni rozarles: se acerca entre la gente y se atreve a «*tocar*» el «*manto*» de Jesús.

«*Manto*», es la figura de la misma persona que lo porta, de Jesús. Y *«tocar»* sigue teniendo el sentido en Marcos de identificación con la persona (aquí simbolizada en el manto). Su confianza le lleva a superar el miedo a esa Ley, a esa norma que la aparta, y eso le va a dar la libertad, que es la sanación-salvación como persona, y la vida, pues va a dejar de «perder vida», como se expresa: «*se le secó la fuente de sangre*».

*«Pero él miraba a su alrededor para descubrir a la que lo había hecho».* Jesús aparece deteniéndose e interesándose por ese «otro», buscando a ese «alguien» que se le ha acercado, alguien que le demanda ayuda. El texto presenta a Jesús «mirando» a su alrededor, es decir, abriendo su ser a través de sus ojos (según la mentalidad antigua, los ojos informan al corazón, sede el pensamiento emotivo). A la «actividad» de la mujer (yendo y tocándole), Jesús responde «activamente» (buscándola); este es el camino y la actitud que también debe tener el discípulo.

La mujer ha cometido una acción punible según la ley: sabiendo que estaba en impureza ha cometido el delito de rozarse con la gente y, sobre todo, de tocar a Jesús. Al tocarlo ha convertido a Jesús en un impuro. De ahí su actitud atemorizada y temblorosa.

Pero Jesús habla de nuevo como hablaría Dios Padre y le llama «*Hija*». Dios habla por la boca de Jesús, por la boca de quien expresa el amor, y muestra cuál es su verdadera Ley de amor: «eres mi hija» (= te amo). Y añade: «*tu fe te ha salvado*». Ella no queda salvada por una acción externa de Dios ni de Jesús, sino por la fe o confianza que ella muestra, en su interior y en su acción personal.

Con esta sentencia el evangelio vuelve a echar por tierra la imagen de un Dios separado de los hombres y, en concreto, de las mujeres, tan sometidas (por su biología) a la impureza, y tan marginadas en aquella y en tantas culturas. Esta mujer (nótese que no tiene nombre propio) representa aquí a todas las mujeres de Israel que no contaban en aquella sociedad. Jesús rompe esta discriminación, declara puras a las impuras y proclama su dignidad de hijas de Dios.

Tras la proclamación solemne de la no-impureza de la mujer y su filiación divina, la escena retorna al ámbito de Jairo, cuya hija está muriendo. Nada más proclamar la «vida» para la mujer con flujos de sangre, llega la noticia que traen «*los de la casa del jefe de la sinagoga*»: «*tu hija ha muerto, ¿para qué molestar al maestro?*». El versículo presenta subliminalmente una «resistencia» de la institución oficial («la casa del jefe») a aceptar la novedad que acaba de proclamar Jesús. Vienen a decir: dejemos las cosas como están; son así y no tienen remedio. Y, así, frente a las palabras de vida y liberación, los de la casa del jefe de la sinagoga (la institución religiosa) hablan de muerte y de ataduras irremediables. Parece que eso no lo puede cambiar nadie.

Jesús ofrece otro camino, de nuevo el de la fe, el de la confianza en el Dios dador y garante de la Vida. Por eso le dice a Jairo: «*No temas; solamente ten fe*».

Al llegar a casa, Marcos insiste en repetir que es «*la casa del jefe de la sinagoga*». No dice «la casa de Jairo» sino que se refiere a la impersonal sinagoga, institución vinculada a la muerte (no da Vida).

Jesús les pide a ,os que allí están que tengan esperanza frente a toda desesperanza. Y en este momento se señala por vez primera en un evangelio un dato definitorio de la muerte: «*La niña no está muerta, está dormida*». Es la negación de la muerte como algo definitivo y terrible. No existe el hombre-sin-vida al que se le da-vida, sino que el hombre es-vida, y es-vida para siempre, pues Dios no es temporal, ni su ser-vida tampoco. Al final, la resurrección de Jesús subrayará todo esto y le dará sentido histórico, pues mostrará ya «ahora» la Vida por encima de la materialidad y la muerte.

Pero los que viven aferrados a la materia y a una Ley de premio-castigo aquí y ahora (en la vida material-biológica se recibe el premio o el castigo: los buenos progresan y son felices, los pecadores enferman y son desgraciados), no quieren entender-aceptar esta nueva visión de La Vida. Y por eso se burlan de lo que Jesús les ofrece.

Por eso Jesús los saca fuera y hace entrar en la estancia sólo a sus tres discípulos y al padre y la madre de la niña. Ellos son la nueva «familia de Dios», los que se vinculan desde la confianza al Dios de la Vida. Por eso son sólo ellos los que están dentro de la estancia donde yace la niña postrada. En ese lugar tachado por todos «de muerte» se va a producir una fiesta de vida.

Como en otros pasajes, Jesús rompe las leyes de pureza y toca a la muerta (otra vez se hace «impuro»). De nuevo el «tocar» como camino de sanación-salvación, como adherirse, acoger, identificarse con el ser tocado. Es un acto de amor contraer impureza al tocar a una muerta. Es un acto de amor de Jesús que «se rebaja» o «se desprende» de su rango-honor de varón y se identifica con una niña que no cuenta para nada (los niños eran «últimos» en el orden jerárquico de esa sociedad). Tocar a la niña es hacerse niña. Ahí se marca el camino de la salvación, y la invitación, tan repetida en los evangelios, a todos: toquen a los últimos haciéndose últimos; amen a los no-valorados e indignos uniéndose a ellos. «Tomar la mano», propio del lenguaje de bodas, expresa claramente esa «unión», ese esponsal con los últimos. Es la terapia sanadora del amor «hecho». Las palabras de Jesús verbalizan esa sanación: «*Muchacha, levántate*». A esta «muchacha» (no «hijita-de» ni «niña») se le dice: tu destino no es la postración, sino la libertad del ser, la autonomía personal, más allá de toda atadura (lo mismo que al paralítico: levántate y vete a tu casa; lo mismo que al endemoniado geraseno: vuelve a tu casa; lo mismo que la enferma con flujos de sangre: vete en paz).

Después de esto Jesús pide a los «testigos» de esa salvación vital que no digan nada a nadie. Como siempre en Marcos, esa invitación al secreto es simbólica, pues es absurdo pedir que nadie se entere de que la niña vive cuando en la puerta hay un montón de gente que la va a ver salir. Se está refiriendo a que no hay que identificar a Jesús con el triunfador que obra prodigios mágicos que evitan el duro camino o el esfuerzo de transformación personal. Jesús no es el mesías triunfante sino el que marca un camino de amor entregado, de renuncia al éxito, de donación de sí («tocar»), y de esfuerzo personal arriesgado.

La doble escena de la mujer enferma y la niña constatan precisamente lo contrario a la magia y a la pasividad. Resaltan la fe y el esfuerzo humanos para salir de la postración, renunciar a ese triunfalismo fácil (Dios lo hace todo) y vincularse así a la esfera de la vida, del amor.

El doble pasaje culmina con una frase que lo resume todo. Jesús les pide a esos cinco de la casa (los tres discípulos, los padres) que «*den de comer a la muchacha*». Ellos son la comunidad que se ha vinculado a Jesús, que confía en él y que ha optado por hacer ese camino activo y arriesgado. Su misión es alimentar a otros para que la vida sea y crezca. ¿Qué alimento tienen que dar? Simplemente su propio ser. ¿Cómo? Pues como se ha expresado en las dos historias del pasaje: moviéndose para «tocar». Se trata de amarse, acogerse, potenciarse, darse mutuamente, identificarse y no excluirse, no ignorarse, no aferrarse a un modo de vida que postra y no sana, ni abandonar a cada uno a su mala suerte. No todo está hecho, sino que hay que seguir haciendo. El amor compartido es el alimento que hace crecer, que dignifica, da plenitud y da vida, y Vida para siempre